

GONZALO ROJAS: ENTRE EL MURMULLO Y EL ESTALLIDO DE LA PALABRA

Miguel Angel Zapata: *Siempre he creído que la cuna del poeta, su paisaje, el aspecto geográfico, la esencia de la tierra son definitivos en la formación de esa bella manifestación que hemos llamado sensibilidad.*

Gonzalo Rojas: Absolutamente. El impacto determinante de la tierra en que uno ha nacido, esa respiración telúrica o como quiera llamarse va y viene con uno, y no termina nunca. El paraje de mi niñez es el *Golfo de Arauco*, y ese pueblo minero carbonífero de Lebú. Maderas casi palpitantes, tablones de madera con las que se hacían esas casas, esos puentes encima de esos ríos y las grandes rocas contra el oleaje, todo eso lo veo, lo registro, lo huelo, lo mismo en Pekín que en Nueva York o en cualquier párrafo del planeta por donde uno anda. Pero no soy un telúrico telurizado, esto quiere decir, sometido al encantamiento de lo natural y a la nostalgia. No. Te estoy hablando de infancia-paraíso-remolino del Pacífico sur, minas de carbón debajo del mar. De ahí viene, creo, más que la velocidad, la *vertiginosidad* de mi palabra entre el murmullo y el estallido.

MAZ: *¿Cuál es entonces ese murmullo y ese estallido?*

GR: Allí está el agua sonando suave, sigilosa, de la llovizna siempre visible, en ese paraje y simultánea el gran oleaje blanco frente al roquerío. Te estoy hablando de lo físico, y ahí mismo anda por dentro el otro murmullo, el de los matices, cierto aleteo en mi juego imaginario de niño, aleteo y balbuceo atado a esa tartamudez de que he hablado otras veces; y ahí está también por dentro lo tormentoso y cruel de las visiones que nacen con uno, y que en tanta medida registran esa vertiente abrupta más

geológica que geográfica. Por ahí, entre esos dos tonos, se me dio la palabra.

MAZ: *Eres paciente para las publicaciones, pero eres un animal creador y debes de tener muchos poemas inéditos que tal vez no los hayas querido publicar por diferentes razones, ¿no?*

GR: Hay textos inéditos de mi primera juventud o de mi primera mocedad, cuyos borradores los registré en *Cuadernos Secretos*. No sé si alguna vez los entregue por entero. Hasta hoy sólo he rescatado textos como "Zángano" (*Del Relámpago*). Lo que interesa es que ya en esos plazos iniciales se me dio un lenguaje plasmado. La conjetura es cómo puede un aprendiz llegar a cierto grado de plasmación en plena adolescencia. Respondo, mi doble trato poético, con los clásicos españoles por un lado, y con la poesía de la modernidad por la otra oreja, me dieron esta opción de algo parecido a una síntesis.

MAZ: *Hay veces que Quevedo posee, ata, en tu caso pareciera que arrulla tus palabras.*

GR: Todos los poetas hemos sido arrullados por ese loco, en todos nosotros desde Darío a hoy ha sonado y resonado. Pregúntale a Darío. Porque dijo lo que dijo en el prólogo de *Prosas Profanas* (1896). Pregúntale a Vallejo, a Neruda (*Viaje al corazón de Quevedo*) pregúntale a Borges que supo ver en él la trama viva de lo literario, el "homme de Lettres", o a Paz pregúntale su relación dialéctica con el gran maestro. Lo que te quiero decir es que Quevedo funciona acaso más que ninguno, aunque sea un barroco; su laberinto, su desmesura y su rigor, su preocupación por la temporalidad y la EXISTENCIA. Naturalmente no desamamos al gran Góngora: rigor, lujo, lucidez. Sobre él pregúntale a Lezama Lima.

MAZ: *Gonzalo, tú escribiste un texto curioso, como para proponer el cruce de dos especies poéticas en el plano del lenguaje, la prosa a la que llamas **Prorsa**, y el verso, al que llamas **Versa**.*

GR: Sí, se trata de dos serpientes que bailan simultáneas en la imaginación del poeta, como lo dice ese texto, entre fábula y enigma. ¿Quién no sabe que la prosa y el verso se intraalimentan, se nutren con mayor o menor voracidad, la una de la otra? Leo a Rulfo y me dicen que eso es prosa, pero nadie podrá negarme que la poesía va en ese ritmo y en ese despojo, en esa dinámica y hasta en ese secreto. Se habla mucho de antipoesía, como si eso no hubiera sido pensado hace siglos. Son los eternos originalistas que no han entrado nunca en la revisión de estos dos instrumentos, la prosa y el verso.

No quiero ir muy lejos pero ya Jules Laforgue fue capaz de ofrecer una poesía coloquial, fresca, en la que sin apaviento alguno cumplió el ejercicio dual, que tanto apasionó después a T. S. Eliot o al mismo Pound.

MAZ: *¿A quiénes admiras de los poetas vivos?*

GR: ¡Pero no se ha muerto ninguno! (sonrisas), de los verdaderos poetas. En cuanto a los otros, éstos no han nacido.

MAZ: *El verdadero poeta es el mejor de los críticos, ya que tiene la sartén por el mango: inspiración y reflexión: la vuelta entera de la lucidez.*

GR: Eso es cierto. El verdadero crítico de la poesía es el poeta. Lo dijeron Baudelaire, Eliot y se seguirá diciendo.

Paul Celan

Si me preguntan quién fue Celan debo decir: yo soy Celan. Tanta es la identidad de dos que silabearon el Mundo en dos lenguas tan remotas, el alemán y el español. Judío él, cautivo en Auschwitz donde echaron al horno a sus padres, vivió en el mismísimo plazo de mi respiro. Cuando el 70 se arrojó al Sena pude haberlo hecho yo pero seguí aleteando en mi vuelo. Sólo vine a leerlo el 77, por ignorancia, y sólo entonces pude *verme*. ¿Zeitgeist, locura? No hay campos de concentración en las estrellas. La noche que llegué a Chile el 80 miré hacia arriba, lo vi en la fosa del amanecer.

Memoria de Joan Crawford

Me puse a ver la foto de la Crawford, esa sensuala
 de mi adolescencia, a palparla
 verde, a olfatearla, a vigilar
 ángulo a ángulo el formato del prodigio
 que volaba de ella, las dos cejas de
 pájara encima de esos diamantes azules, el
 aleteo de la nariz, la pintura del beso, el vicio
 concupiscente de esa boca, el fulgor
 de ese hueso áureo que cerraba el lujo del
 mentón, y por exagerar a
 mi vampira me puse a llamarla en el abismo
 como en ese cine ciego a los dieciséis cuando no había nadie en la gran
 /sala del Mundo

Sino ella y ella en la fascinación
 del fósforo y yo el
 despedazado en la butaca de algún domingo; me
 puse a verla bailar, a fumar el humo de *Possessed* el 33, a enjugar
 el sollozo de *Letty Lynton*.

Cuesta

volver a los grandes días inmóviles, habrá
 otras, ninguna
 de memoria tan tersa.

Zung-guo

Lo liviano en Pekín son las bicicletas, esos millones
 de alambre inmóvil tan veloz como la Tierra, sin un quejido
 en su rotación, quimeras
 exactas de la sabiduría más remota cuyo mito
 es la risa fresca por cruel
 que haya sido el infortunio. ¡Esquemas!
 dirá usted que ya
 se lo habrá leído todo como Mallarmé. De
 acuerdo, hay otros
 ideogramas oscuros como por ejemplo ese pez
 de Pan-pó inscrito en

los vestigios polvorientos de Si-án que aún sangra,
cuya
resurrección no
se ha cumplido.

Visión de Gwen Kirpatrick

Y qué decir este viernes santo de Gwen y su aura
irlandesa, la más azul
de las azules en San Francisco, pintada
en lo esbelto de sus sandalias entre las hélices
y las lilas de abril: ¿irá al
volante todavía la exhalación
rubia en esas ruedas del
aeropuerto al Golden Gate corriendo
sonámbula como la Magdalena sin su Cristo, buscándolo
entre los libertinos? ¿O el oleaje
habrá azotado sus sienes
contra el Embarcadero hasta hacerla
sangrar? ¿O el temblor
grado 5 del amanecer en la escala
de la Resurrección le habrá dicho: — Levántate,
paloma? ¿O
nada; o
todo habrá sido nada, un diálogo
de un loco con
una loca, un altísimo
libérrimo diálogo con revelación y enigma entre
sequoio y sequoia contra el cielo? Díganlo en
inglés estos dinosaurios arbóreos despiertos desde
la Creación, estos espléndidos
redwoods que en su arrullo
saben más.

Cierta heridilla

Mientras me rasuro pasa por el espejo tu encanto:
entra y sale de él, espuma
y chispa de sangre. Me trizo,
me alitero maquinilla en mano contra
las olas.

También tú
te aliteras.

Microfilm del abismo

*¿Qué es el tiempo? Cuando no me lo preguntan
lo sé, pero cuando me lo preguntan ya no lo sé.*

Agustín de Hipona

Como reír es además de reír purificar
sabiduría, me estoy yendo
desafinado de esta envoltura lujuriosa
de uñas y meses a otro número
del que empiezo a ser parte, un número
dijéramos menos abusivo sin tanta
farsa de inmortalidad, fresco el olor

abstracto a seso velocísimo, exactamente como el del río
cuya figura no es el agua; el engaño
es el agua; pero él
no es el agua; lo ilusorio
es la palabra agua. Exactamente
como el río, y

no voy a embotellarme en la vieja física

disparatada con sus trescientos mil
millones de estrellas
irreconciliables descontando las nebulosas que
andan por ahí sin haber
sido nunca, con
lo que cuesta no pensar, lo caro
que se paga. Ayuden
al pobre ciego
a hacer bien el cálculo, ¿cuánto
en minutos, y nada de años-luz, o pétalos
escasos?

Hoyo negro, ¿y a eso llaman constelación
de vivir?, ¿a esa ciencia
del desperdicio?, ¿a ese escurrimiento
de un viernes a las 3 a otro viernes
idéntico colgando
como Dios, del mismo palo? Rosas,
estoy hablando de rosas.

Porque lo irrisorio es el dato crudo, el
pronóstico cruel que uno por consuelo llama instante por
hablar conforme a lo geométrico del ojo
de los egipcios, hipopótamo
cortado por la
línea del agua cuando el animal
saca la cabeza del agua para dar el gran vistazo de
Einstein alrededor y parpadeando
vuelve al fondo.

Llámandote aquí: cambio

Aclaro noticia, el que murió a las 7 fue el otro, no
el que dije, lo abrieron
en dos con M-corta, los tiros
quemaron de refilón al más
asustado, otra bala loca
enloqueció así.

Esto no parece Mundo, da risa
tanto tableteo; del
que no sé nada estos doce años es del
niño, ¿qué habrá sido del niño?

Hasta para mear cuentan todavía 10 como si
el 10 fuera lo único, el chorro
queda ahí, me interrumpo
para decirte que el libro sigue
intacto, abierto en
la página que voy, a un metro
de donde te violaron. Favor
leer en él al manantial.

Sebastián Acevedo

Sólo veo al inmolado de Concepción que hizo humo
de su carne y ardió por Chile entero en las gradas
de la catedral frente a la tropa sin
pestañear, sin llorar, encendido y
estallado por un grisú que no es de este Mundo: sólo
veo al inmolado.

Sólo veo ahí a Acevedo
por nosotros con decisión de varón, estricto
y justiciero, pino y
adobe, alumbrando el vuelo
de los desaparecidos a todo lo
aullante de la costa: sólo veo al inmolado.

Sólo veo la bandera alba de su camisa
arder hasta enrojecer las cuatro puntas
de la plaza, sólo a los tilos por
su ánima veo llorar un
nitrógeno áspero pidiendo a gritos al
cielo el rehallazgo de un toqui
que nos saque de esto: sólo veo al inmolado.

Sólo al Bío-Bío hondo, padre de las aguas, veo velar

al muerto: curandero
de nuestras heridas desde Arauco
a hoy, casi inmóvil en
su letargo ronco y
sagrado como el rehue acarrear
las mutaciones del remolino
de arena y sangre con cadáveres al
fondo, vaticinar
la resurrección: sólo veo al inmolado.

Sólo la mancha veo del amor que
nadie nunca podrá arrancar del cemento, lávenla o
no con aguarrás o soda
cáustica, escobíllenla
con puntas de acero, líjenla
con uñas y balas, despíntenla, desmiéntenla
por todas las pantallas de
la mentira de norte a sur: sólo veo al inmolado.

Ningunos

Ningunos niños matarán ningunos pájaros, ningunos errores
errarán, ningunos cocodrilos
cocodrilearán a no ser que el juego
sea otro y Matta, Roberto
Matta que lo inventó, busque en el aire a
su hijito muerto por si lo halla a unos tres metros
del suelo elevándose:
yéndose de esta gravedad.

Ningunas nubes nublarán ningunas estrellas, ningunas
lluvias lloverán cuchillos, paciencias
ningunas de mujeres pacienciarán
en vano, con tal
que llegue esa carta piensa Hilda y el sello
diga Santiago, con tal que esa carta
sea de Santiago, y

el que la firme sea Alejandro y

diga: Aparecí. Firmado: Alejandro
 Rodríguez; siempre y cuando
 se aclare todo y ningunas
 muertes sean muertes, ningunas
 Cármenes sean sino Cármenes, alondras en
 vuelo hacia sus Alejandros, mi Dios, y
 los únicos ningunos de este juego cruel sean ellos, ¡ellos
 por los que escribo esto con mi
 sintaxis de niño contra el maleficio: los
 mutilados, los
 desaparecidos!